

## MANUEL MEJIA VALLEJO, PREMIO "NADAL" 1963

Escribe: JAIME MEJIA DUQUE

Los concursos literarios de mayor prestigio arrojan un resultado obviamente positivo: destacan autores nuevos que de otra manera, por la sola vía privada, hubieran tardado quizá demasiado en aparecer, o —según ha ocurrido con más frecuencia de la que suele admitirse— se hubieran sumergido. Y cuando se trata de concursos internacionales como el que se viene celebrando en España desde 1943 bajo el nombre de *Nadal*, el ganador se compromete de entrada con un público poco menos que mundial.

Esta vez es la primera que el premio *Nadal* ha recaído en un autor no español. El favorecido fue el colombiano Manuel Mejía Vallejo con su novela "El día señalado", de la cual apenas se han publicado dos breves capítulos en nuestra prensa.

Sobre la producción literaria anterior de Mejía Vallejo se ha discutido mucho, no exactamente entre los críticos, sino entre jóvenes lectores de Medellín, Cali y Bogotá, intelectuales en formación, orientados a conciencia en la literatura por el psicoanálisis y la sociología. Lectores que advierten con cierta lucidez que el costumbrismo ha sido superado por el desarrollo histórico del país y que nos encontramos abocados al destino de la cultura universal. Los problemas humanos que plantea el subdesarrollo —lo sabemos ahora— no pueden ser tratados ya por la novela y el ensayo sino en perspectiva de universalidad. El costumbrismo es limitado, permanece en los umbrales de la verdadera literatura, puesto que se refiere todavía a un mundo sin desgarramientos, pre-industrial, dominado por lo espontáneo, y lo hace dentro de la perspectiva complaciente que ese pequeño mundo aldeano y rural adopta para mirarse a sí mismo. Tomás Carrasquilla sigue representando en Colombia el máximo logro que en nuestras condiciones sociales anteriores a la industrialización y a la moderna mercantilización del país podía alcanzarse con los *instrumentos* culturales de nuestros escritores de entonces. Pero Carrasquilla, y el método literario que él ilustra con tan honda autenticidad de cronista, son irreversibles. Pretender escribir hoy otro "Frutos de mi tierra" u otro "Luterito" es comenzar por el anacronismo. El sosiego de la vereda campesina ha desaparecido con veinte años de conmociones sangrientas. La imagen del hombre patriarcal fue barrida por la historia y sustituida con

la feroz del bandolero incubado en las luchas partidistas, y con la del guerrillero autosuficiente que sueña con transformar su mundo.

Algunos le reprochan a Mejía Vallejo el retorno al costumbrismo. Quizá estas críticas esquematicen demasiado los problemas del desarrollo estilístico y metodológico del escritor, de todo escritor. Nacido y formado en el ambiente de una literatura regional donde presiden los nombres y las obras de Gutiérrez González, Epifanio Mejía, F. de Paula Rendón, Efe Gómez y Tomás Carrasquilla, Mejía Vallejo —hombre de cuarenta años— no podría superar el tipismo y el costumbrismo antioqueños sino en una larga y dura lucha con sus propias tendencias terrigenistas. Este combate solo podrá ganarse mediante un esfuerzo muy serio de reflexión científica sobre la sociedad colombiana actual y sobre los medios y las tareas del escritor contemporáneo. Ahora bien, por lo leído de Mejía Vallejo, sospechamos que éste no se ha embarcado aún en tales proyectos. En su obra conocida hasta hoy, la modernidad reposa en estado larvario bajo los temas tratados: el amor, la violencia, la tradición. Las mediaciones entre la materia prima novelable y su final representación literaria no despliegan todavía el sentido *actual* de los hechos sociales y psicológicos cuyo fluir constituye aquella materia. Solo dentro de este orden de ideas puede afirmarse que Mejía Vallejo, como los viejos costumbristas, “escribe como habla”.

No debemos olvidar, para comprender lo antes dicho, que la mejor literatura del siglo veinte se alza sobre un gran sedimento científico. Para escribir “Doktor Faustus” Thomas Mann investigó en sus fuentes la trayectoria del nazismo, los problemas planteados por el desenvolvimiento de la cultura alemana durante ese largo período y la situación de los intelectuales alemanes de la época. Historia, sociología, música, teorías estéticas: todo entraba en sus estudios preparatorios de aquel libro (1). Como era apenas lógico, la literatura de nuestro siglo se nutre de todo el saber que la cultura contemporánea va proporcionando.

La última y más elaborada de las obras de Mejía Vallejo, “El día señalado”, ganadora del “Nadal”, nos dirá hasta qué punto su autor ha superado lo que exigentes lectores de novela moderna le han echado en cara. Lo esencial, entre tanto, seguirá siendo el hecho de que con el otorgamiento de aquel premio internacional a un autor colombiano nuestros jóvenes escritores reciben el primer estímulo de categoría hemisférica. Y coincidiendo como coincide hoy dicho suceso con la maduración de las condiciones sociales básicas para el florecimiento del género novelístico, ese estímulo podría alcanzar aquí amplias y profundas resonancias en la práctica literaria. Hemos visto de qué modo, en el campo de la plástica, los concursos internacionales están impulsando la tarea de los artistas colombianos. El autor de “El día señalado” declaró a los periodistas que esta obra, finalmente galardonada en España, había sido enviada a varios concursos, con resultado negativo. Lo que no deja de parecernos admirable es el que el escritor así defraudado hubiese insistido repetidamente *con la misma obra*. Habrá quien diga en tono peyorativo que se trata de “un escritor para concursos”. Mas la verdad es que esta circunstancia no

---

(1) Cf. de Thomas Mann' “La novela de una novela”.

es de suyo definitoria en sentido negativo (sobre todo en la desesperada situación editorial del escritor colombiano). El escritor debe luchar por alcanzar ese público al cual apunta cuando trabaja. Lo demás, lo imponderable —la calidad que perdura—, es cuestión que compete al talento del escritor ubicado en la coyuntura histórica por la que se define a la vez como hombre de su tiempo.

Mejía Vallejo se nos revela así representativo de una virtud vocacional que, por circunstancias no siempre atribuibles a la veleidad de nuestros intelectuales, ha sido escasa en nuestro ambiente: la constancia en la dedicación a la gran labor que es crear literatura. Incluso podría discutirse el valor de la novela premiada y hasta la validez objetiva del criterio que hubiese orientado al jurado calificador en su escogencia. Sin embargo, quedaría en pie el ejemplo del escritor en la consagración a su trabajo y en la búsqueda de un público cada vez más cosmopolita para su obra.

Y si el escritor cree en los concursos y participa tanto en ellos será porque, para su medio atrasado, desconfía de lo que en países más ricos y más cultos constituye la vía ordinaria accesible siempre a los nuevos escritores, la vía que la gran industria editorial y la educación popular en vasta escala hacen posible. Como todo escritor, Mejía Vallejo aspira a ser leído por el mayor número de personas. Intelectual que presume desdeñar este hecho de conciencia común a todos los artistas, no es sino un burdo comediante. La novela de Mejía Vallejo será editada para el mundo de habla castellana y vertida de inmediato a otros idiomas. Esto significa que también para él se ha roto el aislamiento provinciano, al menos en el aspecto material, cuantitativo. Si en anteriores párrafos de este comentario hablamos del costumbrismo y aludimos a la posición todavía ambigua de la obra de Mejía Vallejo respecto de dicha forma literaria subdesarrollada, es porque dejamos en suspenso —hasta cuando nos llegue de España la novela premiada— la consideración *cualitativa* de su obra. El análisis de “El día señalado” será pues la oportunidad para adentrarnos en tan apasionante balance.